El día de la mudanza había llegado. Yucha ya había llenado las cestas con los accesorios de cocina y las cajas grandes de cartón con la ropa para el transporte. Fuera, se había quedado sólo lo imprescindible, lo necesario para quedarse una noche más. Su hijo Antonio se quedaba con la casa y Salvatore regresaría en otoño desde el norte de Italia para la venta de las tierras restantes. Ya durante la tarde, amigos y parientes que vivían lejos se habían acercado a su casa para despedirse, y entre ellos estaban también sus abuelos, “tatillo” y “mammarella,” que se marcharon al atardecer, antes de que descendiera la noche. En el momento de la despedida, Cono se abrazó fuerte a su abuela y, mientras las lágrimas bañaban su cara, besaba sin cesar el rostro arrugado de la anciana.

Luego corrió a la ventana de la planta de arriba, donde no había quedado nada, y vio como la figura de su abuela, con la cesta de mimbre en la cabeza, desaparecía una vez más entre los árboles, bajo los rayos rojos del último sol. Las lágrimas corrían por sus mejillas sin descanso.

Nunca más volvería a verla.

Durante la noche, más vecinos y familiares fueron a su casa, incluidos sus jóvenes amigos y compañeros de clase. Se intercambiaron regalos y promesas entre las notas de un acordeón, que alguien había comenzado a tocar. Lágrimas y sonrisas se fundieron con la alegría y la tristeza. Todos sus amigos se fueron llorando, cada uno de ellos se quedaba con el recuerdo de un buen compañero de juego, con él habían compartido muchos momentos entrañables. En aquel lugar, Cono dejaba atrás la infancia de un niño feliz que ni el tiempo ni los años podrían borrar de su mente.

El profundo silencio de la noche sólo se rompía por el “canto” de los grillos y el tránsito de alguna carreta. Fuera, la luna llena marcaba la sombra de los árboles, que permanecían inmóviles en ausencia del viento; el seto de moras que bordeaba el arroyo enfrente de la casa se reflejaba en la corriente de platino.

El primer camión había sido cargado durante la tarde anterior y transportaría todas las cajas que Yucha había preparado, más algunos muebles. En la cabina del vehículo, con el conductor, viajarían ella y los niños. El segundo camión llegaría al cabo de un par de horas y llevaría dos vacas, un becerro y varias jaulas con conejos y pollos. Salvatore viajaría con el segundo conductor.

Durante las pocas horas de descanso que les quedaban antes de la salida, Yucha no pudo dormir. El rayo de luna que se filtraba a través de la ventana entreabierta alumbraba la habitación vacía, en tanto que su marido y los niños dormían a su lado. Cuanto más pensaba en el futuro, más veía las certezas que dejaba atrás. Se llevaría consigo muchos recuerdos. Una vida feliz: la juventud y la infancia, el sufrimiento y la guerra, amigos y familiares, un hijo casado y un niño... en el cementerio. Todo quedaría atrás.

Más de cuarenta años de su vida se quedaban ahí, repartidos entre los ríos, las colinas y las praderas del valle. Hasta el año anterior, en ningún momento había pensado que esto pasaría algún día.

Salvatore, que, en su duermevela, sentía lo que estaba pasando por la mente de su esposa, cogió su mano y la apretó.

Antes del amanecer, desde las jaulas estrechas cargadas en el camión, los gallos ya habían anunciado el alba con sus cantos. Yucha, con extrema delicadeza, despertó a los niños.

Sólo entonces, Cono se dio cuenta de que la casa estaba vacía y de que los camiones estaban esperando fuera.

El rocío de la mañana hacía el aire fresco; él, con una vieja chaqueta de su padre que le llegaba hasta los pies, se detuvo debajo de un árbol y observó los dos camiones cargados con animales y cosas.

¡Se estaban marchando!

Lo invadió la tristeza y luego el llanto. Su padre lo notó. Siempre había sabido que, a pesar de su carácter burlesco y rebelde, su hijo era un niño muy sensible. Salvatore se le acercó y le entregó un pañuelo, luego se inclinó hacía el niño y le dijo: «Cono, si tu hermana te ve llorar, hará lo mismo que tú; si tu madre te ve triste, llorará ella también; si todos lloran, acabaremos en un mar de lágrimas; y mientras nosotros lloramos, otros se reirán de nuestro llanto». El juego de palabras de Salvatore había distraído al niño, que esbozó una sonrisa llena de tristeza.

El último abrazo de los padres fue para Antonio, el hijo mayor.

Yucha sabía que lo dejaba en compañía de una mujer áspera.

Desde la ventana del camión, Cono miraba como poco a poco se alejaba de su casa. Tambaleando por la calle de la campaña, los vehículos dejaban atrás también las últimas viviendas de sus compañeros.

Algunos campesinos, que se dirigían al trabajo, levantaban la mano en señal de saludo, mientras que otros, subidos a la grupa de una mula, se apartaban de la carretera para dejar paso a los camiones.

En el silencio de la madrugada, el niño deseaba que los dos vehículos marcharan más lentamente. No quería llorar, las lágrimas nublaban su vista, y él quería ver todo lo que podía haber visto por última vez.

Su madre, la noche anterior, para consolarlo un poco, le había dicho:

«No te sientas triste, cariño; volverás a ver a tus amigos». Él quería creerlo, pero sabía que no era verdad.

Ya estaban en la carretera nacional, la única asfaltada, antes de alcanzar el último pueblo al borde del valle, desde donde tomarían el camino hacia el norte. Aquí, los dos camiones se detuvieron para comprobar que toda la carga estaba en su lugar y las cuerdas permanecían tensas.

Este era también el último punto desde donde se podía ver el valle. Cono miró hacia el horizonte en busca de su casa, pero no la vio. Con la mirada hacia abajo regresó al camión y se quedó en silencio durante muchas horas. Sólo su madre, sin hablar, de vez en cuando, le hacía una caricia. Él la miraba con tristeza y ella lo tranquilizaba con una sonrisa. Yucha no había imaginado que la mudanza podría ser tan triste para el niño. Para distraerlo un poco, lo dejó subirse en el otro camión, donde viajaba su padre. En tanto, Emma continuaba durmiendo en los brazos de su madre. Para ella, su principal compañero de juegos siempre había sido su hermano, y él estaba con ellos.

Continuaron el viaje en silencio. Las palabras no eran necesarias.

Ella también sabía que, después de esa curva, el valle habría desaparecido detrás de la gran montaña, la misma que tantas veces había contemplado desde el jardín de su casa cuando era pequeña.

Se cubrió el rostro con el pañuelo que llevaba en la cabeza, para ocultar al conductor las lágrimas, y lloró en silencio.

Siempre adelante. Los camiones, lentamente, subían y descendían por los encaramados pueblos de montaña, viajaban por carreteras con paisajes cambiantes, unas veces flanqueadas por la densa vegetación y otras veces bordeando barrancos o campos de cultivo.

Después de varias horas de marcha, los primeros rayos de sol comenzaron a filtrarse a través de los árboles de las colinas. El resplandor de la luz cálida se reflejaba en el rocío de la mañana.

En algunas zonas, los grandes robles adquirían un aspecto irreal y todo les parecía un sueño.

Se estaban alejando cada vez más de sus raíces.